EL PADRE LARROCA

Conferencia del P. Manuel Sáinz, O. P., en el Centro Católico de esta ciudad, el 19 de Enero del presente año.

SEÑORAS, SEÑORES:

Guipúzcoa, la pequeña y hermosísima Guipúzcoa, que es como el Benjamín de las provincias de España, es eminentemente católica, como lo demuestra la Historia y lo confirma la experiencia. Y como el catolicismo se difunde y propaga, de un modo especial, por los varones religiosos, Guipúzcoa ha sido su predilecta amiga, su madre cariñosa, su entusiasta y decidida defensora.

Basta hojear unas páginas, muy pocas, de la magnífica Historia guipuzcoana, para convencerse de ello, y basta recordar hechos recientes para confirmarse más y más en el aserto. Con citar nombres de ilustres religiosos guipuzcoanos, tendremos el fallo de la Historia; y ahí están los nombres venerables de San Ignacio de Loyola, inclito fundador de la Compañía de Jesús; del celosísimo apóstol de Filipinas, el Agustino de Villafranca Fray Andrés Urdaneta, amigo y codescubridor con Legazpi; del protomártir del Japón, el humilde y santo Franciscano Fray Martín de la Ascensión; y de los heroicos mártires Dominicos de Nangasaki, Fray Miguel González de Ozarazu, de Oñate, y Fray Domingo Ibáñez de Erquicia, de Régil.

Así, como hermosas flores de un bien cultivado jardín ó como riquísimas piedras de una regia corona, aparecen en la Historia, señalados con letras de oro, los nombres de esos gloriosos varones y los de sus pueblos guipuzcoanos; y el viajero que discurre por el accidentado suelo de esta provincia, puede ver y admirar las casas y los santuarios

de los descendientes de aquellos santos, de aquellos apóstoles, de aquellos mártires, en Loyola, en Aránzazu, en Zarauz, en Fuenterrabía, en Vergara, indicando con sus cruces y sus emblemas, que aun sigue en pie la historia y la generación de los ilustres religiosos guipuzcoanos.

*
* *

Pues bien, señores: una de las páginas de esa gloriosa Historia, se escribió en Donostia; que no parecía bien ni era de curso que mientras los pequeños pueblos de Guipúzcoa se afanaban en enriquecer al cielo y á la tierra con varones religiosos criados á sus pechos, la madre de la bendita Provincia, la capital de Guipúzcoa, permaneciese estéril é infecunda; y no fué así, vive Dios, que San Sebastián fué productora de ilustres religiosos que crió con la dulce leche de sus venerandas tradiciones; y recuerdos de una de las cunas en que esta ciudad arrulló á sus hijos criados para Dios, los tenéis en los vetustos arrumbados muros del convento de San Telmo, en que se formó uno de esos insignes religiosos donostiarras, el Rvmo. P. Fray José María Larroca, septuagésimo cuarto Maestro general de la Orden de Predicadores, de quien vengo á hablaros esta noche.

Como Dominico me complazco sobremanera en tener esta feliz coyuntura de hablar del que fué Padre y Jerarca supremo de mi Orden de Predicadores: como donostiarras que sois, debéis vosotros complaceros también de presentárseos esta ocasión de escuchar, si quiera sea de labios balbucientes, el bosquejo no más de vuestro esclarecido paisano que nació en vuestra ciudad, respiró la fragancia de su perfumada atmósfera y escuchó el cadencioso y rítmico rumor de las inquietas olas que no cesan de deponer sus enojos acostándose en las arenas de vuestras playas.

Mas antes de hablar del niño, permitidme unas palabras sobre su madre, San Sebastián, y sobre su cuna, San Telmo.

*
* *

Corría el año 1530. España había entrado, vestida con manto de armiño y púrpura, en aquel siglo de oro, el XVI, magnífico palacio, cuya antesala fué el reinado de los Reyes Católicos; cuyo salón de trono fué el reinado del *Rey-Prudente*: Felipe II; y cuyo despacho de armas, el cuarto de banderas, fué el reinado del invicto Emperador Carlos I de España y V de Alemania.

En el mencionado año 1530, en plena dominación del colosal Emperador, Donostia no era, ni mucho menos, lo que es en 1911. Hay en el intermedio muchos años y éstos no pasan en balde sobre las generaciones y los pueblos. No era entonces San Sebastián la acicalada y repulida dama de la flamante civilización moderna, con sus pintados chalets, con sus ostentosos casinos, con sus vaporosos clubs, con sus amplias avenidas, con sus elegantes bulevares, con sus poéticos paseos á Ulía, á Martutene, á Igueldo....., con sus provocativos automóviles, con sus audaces funiculares..... y con otros cien mil adornos más ó menos postizos, más ó menos hermosos y morales. Entonces San Sebastián era otra cosa: era á modo de una robusta matrona de pura cepa vascongada, con menos perendengues y más salud é higiene de cuerpo y alma; con menos chalets y más caseríos, con menos casinos y clubs y más sidrerías y casas de honrados pescadores; con menos ruido de automóviles y más circulación de carros colmados de sólida y limpia riqueza; con menos concha y más pescado; con menos pies y más brazos; brazos hercúleos de legendarios marineros que, en frágiles barquichuelas, se lanzaban al Cantábrico y se mecían mar adentro, muy adentro, donde, á veces, perdido el rumbo ó embriagados por el frenesí de su propia bravura, llegaban á remotísimas tierras, en que dejaban eterno renombre de valor y de hidalguía. El mismo dios de los mares, Neptuno, si hubiese hallado en sus vastos dominios á los valientes marinos donostiarras, hubiera amainado sus enojos y se hubiera abstenido de sacudir con su tridente el revuelto Océano, ni de pronunciar el sublime *Quos ego?*..... que hizo estremecer á Eneas en su heroica expedición, tan gallardamente cantada por Virgilio.

Pues por aquel tiempo, en aquel siglo de oro y de zafir, en el año repetido de 1530, en aquel San Sebastián tan noble, tan pacífico, tan clásicamente vascongado, que á mí me simpatiza más y me merece un no se qué de respetuoso cariño, que no siento tan en el alma por el San Sebastián recortado y fragante de nuestros días, con ser hoy tan hermosa y soberana esta romántica ciudad, verificóse una fundación por muchos títulos ilustre, la de un convento de Religiosos Predicadores, cuyo glorioso titular fué el Ángel protector de los marineros, el insigne Dominico San Pedro González, vulgarmente conocido con el nombre de San Telmo.

(Continuará)

EL PADRE LARROCA

(Continuación).

Tuvo lugar la erección del convento dominicano de San Telmo, mediante una Cédula Real expedida por la Reina en Ocaña el día 24 de Noviembre de 1530, siendo aceptado en 1531 por el Capítulo Provincial celebrado por la Provincia Dominicana española, en el convento de Santo Domingo del pueblo ó villa de Piedrahita.

«Hase de fundar, dice la Cédula, en el sitio que está entre la dicha villa (San Sebastián) y la montaña (Urgull) á donde agora está la casa de Artillería, y les he fecho (á los Dominicos) merced del sitio y casa para que hagan el dicho monasterio y que la artillería se mude a la nueva fortificación que agora mandamos facer.»

Con todo, el convento tardó en construirse varios años durante los que los religiosos hubieron de soportar, con alma grande, toda clase de sufrimientos y privaciones; y no porque les faltase la protección decidida del Emperador, ni el favor cariñoso de nobles y prelados, como el Obispo de Pamplona, D. Pedro Pacheco, la marquesa de Lobay, la condesa de Haro, el secretario del Consejo de Estado del Emperador, D. Alfonso Idiáquez y su virtuosa Sra. D.^a Gracia de Olazábal; tampoco faltó á los venerables fundadores de San Telmo el apoyo entusiasta del pueblo donostiarra que acudía generoso á socorrer las necesidades de los Hermanos Predicadores..... Y, sin embargo, es lo cierto, la Historia lo dice, que no era todo de rosas el camino que tuvieron que pisar, ni todo fué luz sonriente en el cielo de sus apostólicas esperanzas; hubo muchas espinas que desgarraron el corazón de los Dominicos que fundaron el convento de San Telmo, y muchas nubes oscuras y siniestras que entristecieron el alma de los heroicos religiosos, fraguados en la adversidad y en la persecución.

Á la postre se terminó el convento hacia el año 1547 y desde entonces continuó siendo ocupado por sus legítimos dueños, hasta que en 1836 fueron inicuamente expulsados y algunos despiadadamente martirizados, pasando el edificio á otras manos en virtud de las leyes de desamortización.

No es del caso puntualizar aquí la rica historia del convento de San Telmo. Baste recordar que fué plantel de hermosísimas flores que produjeron en la sociedad y en la Iglesia ópimos frutos de ciencia y de virtud; y que como antes de 1530 y después de 1836 fué y es casa y parque de artillería en que se forjaron y se guardan armas de fino temple para defender la Patria, así en el interregno de los tres siglos en que el parque fué monasterio, también se construían y se guardaban con esmero cariñoso las armas espirituales del saber, de la abnegación, de las virtudes todas, con las que los bravos y generosos artilleros de Cristo defendieron, en singulares batallas, la fortaleza de la santa Iglesia que es comparada en las Sagradas Escrituras con un ejército en orden de combate: *Ut castrorum acies ordinata*.

Entre estos bizarros artilleros del bien y de la verdad, formados en el espiritual cuartel dominicano de San Telmo, citaremos tan sólo, por no alargar la materia, al P. Fr. Manuel Vicente de Echéverri, de la familia de los condes de Villalcázar é insigne historiador de Guipúzcoa; al Maestro, Fr. Martín de Echeverría, teólogo consumado y cronista de talla; al siervo de Dios, el mártir Fr. Domingo Ibáñez de Erquicia, y últimamente al Rvmo. P. Fr. José María de Larroca.

*
* * *

Nació el P. Larroca en San Sebastián el día 10 de Septiembre de 1813. Mecióse su cuna en uno de los caseríos de los alrededores de la ciudad, y que había sido la casa natal de su madre D.^a Josefa de Estala, unida en matrimonio feliz y cristiano con D. José Agustín de Larroca, padre del célebre Dominico que nos ocupa.

Pocos meses antes, en Junio del mismo año 13, ocurrió el sitio de San Sebastián por las tropas aliadas con el fin de expulsar al invasor francés. Las rapacidades y tropelías se daban la mano sin interrupción, terminándose de iluminar, con macabra luz, el triste cuadro con el voraz incendio del 31 de Agosto, cuya infausta fecha aun recuerda el rótulo de una de las calles de la ciudad castigada.

Entre los barrios de San Sebastián que más sufrieron con el pillaje y el incendio, se contaban los de Santa Catalina y San Martín. En este último moraban los padres de nuestro héroe, los que tuvieron que huir á refugiarse en el caserío dicho de «Suletenea», donde nació, el niño José María, tercero de los siete hijos del honrado matrimonio.

No era fácil ni prudente el acceso á la ciudad á los diez días del formidable incendio, por más que las parroquias de San Vicente y Santa María (a esta última pertenecía el barrio de San Martín) hubiesen quedado en pie en medio de la gran catástrofe. Por estas razones, el niño nacido en «Suletenea» fué llevado á bautizar el día 11 de Septiembre, al pueblo próximo de Alza, donde se le puso por nombre el hermoso de José María, tan frecuente y tan querido en estas tierras de Vasconia en que con tanta dulcedumbre se pronuncia el nombre de *Joše Mari*.

No hay para qué ponderar el celo y la diligencia con que fué criado el niño en el seno del hogar doméstico. Con decir que sus padres eran excelentes vascongados, está dicho todo cuanto de bueno pudiera decirse en su favor y en elogio de la educación que dieron á su hijo, el cual, como fértil tierra, recogía con cariño las paternas y santas influencias que habían de producir más tarde dorados y ricos frutos de bendición.

Aun niño, fué llevado *Joše Mari* á Tolosa, donde, y bajo la protección de D. Juan Noble y bajo la égida de D. Marcos de Olo, se despertaron las facultades intelectuales del niño para el conocimiento de la verdad, que luego había de ostentar en el glorioso escudo de su Orden, y se abrió su corazón al amor del bien, que más tarde había de obsesionar y cautivar de lleno al esforzado apóstol de Jesu-Cristo.

El sol comienza á vislumbrarse en la aurora, el volcán se anuncia en los precursores estremecimientos de sus encendidas entrañas, la flor se esfuerza en abrirse y esponjarse á través de las grietas del capullo: así el P. Larroca, desde su infancia, descubrió lo que iba á ser y desde los años de su mocedad comenzó á querer moverse por el camino en cuyo final se encuentra el templo en que se adora al Señor en espíritu y en verdad.

Es decir, señores, que el niño *Joše Mari* deseaba ser sacerdote, más aún: Dios le llamaba al estado religioso y en una Orden tan esclarecida como la Orden de Predicadores.

Esta inclinación á la Orden Dominicana le sobrevino al joven pri-

vilegiado, del constante y amoroso trato con los santos y sabios Padres del convento de San Telmo, que pronto conocieron el mérito y las relevantes dotes del piadoso y discreto acólito que con tanta devoción servía en las Misas de los Padres, como escuchaba y aprendía las lecciones que de latín y Humanidades le daban y sobre todo el doctísimo P. Fr. José León Alcalde.

Conformes estaban los padres del joven José María con que su hijo siguiera la carrera del sacerdocio, y también les agradaba la del Derecho ó las leyes. Para religioso pusieron sus dificultades, más que por intereses carnales por la perversidad de los tiempos, que eran poco sonrientes para las Ordenes religiosas, como luego vamos á verlo.

Al fin triunfó de plano la vocación divina, y José Agustín de Larroca y Josefa de Estala entregaron á su hijo *Jose Mari*, joven á la sazón de dieciséis años, á los Dominicos de San Telmo, que lo recibieron con los brazos abiertos, exclamando uno de ellos al verle entrar por las puertas del monasterio: «Este joven es pequeño; pero su cabeza va a ser muy grande». Y en verdad que no se engañó el buen Padre; puesto que, aunque la corporal estatura del Rvmo. Larroca fué siempre pequeña, en aquella su venerable cabeza rebrillaba una frente muy despejada y serena y fulguraban unos ojos en que se descubría la hermosa llama del genio que á la vez que ilumina, enciende, conforta y salva.

*
* *

La Comunidad de San Telmo, como acabo de indicar, admitió gozosa en su seno al joven Larroca el día 16 de Julio del año 1829. El 30 de Septiembre del mismo año, fué examinado y aprobado de sus estudios preliminares, y practicados devotísimamente los Santos Ejercicios, según usanza de la Orden, vistió en los primeros días de Octubre el blanco cendal del Ángel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino; del Ángel del Apocalipsis, San Vicente Ferrer; del Ángel de los Consejos, San Antonino de Florencia; del Ángel de la música más regalada, Santa Catalina de Sena; del Ángel de la elocuencia cristiana, el Maestro Fr. Luis de Granada, y del Arcangel de estos Ángeles, el inclito fundador de los Hermanos Predicadores, Santo Domingo de Guzman.

Ya tenemos al ave en el anchuroso espacio, al astro en su inmensa órbita; ¿quién podra seguir sus vuelos y medir la velocidad de su ver-

tiginosa carrera?..... ¡Vano empeño el pretender encerrar las grandezas de los genios en el estrecho marco que torpemente forja nuestra pequeñez!..... Dejemos volar al ave hasta llegar á la región del éter y una vez allí, admirémosle en silencio; dejemos correr al astro hasta que avance al cénit de su carrera, y una vez colocado en el punto máximo de su órbita, entonemos un himno saludando las cataratas de luz y los efluvios de calor que descienden de lo alto.....

El joven Dominico donostiarra pasó el año de su noviciado en el convento de Santo Domingo, de Vitoria. Con qué fervor religioso, dícelo bien á las claras el informe dado el 16 de Octubre de 1830 por el maestro de novicios, Fr. Santiago de Sagarminaga, que asevera que «Fray José María Larroca, novicio de coro é hijo del convento de San Telmo, de San Sebastián, se ha conducido y portado muy bien en todo.....» Completo elogio, máxime si se tiene en cuenta el pero y miramiento con que esas alabanzas se miden en los rigores del noviciado de las Ordenes religiosas.

Y así continuó el joven Dominico «conduciéndose y portándose muy bien en todo», profesando el día 5 de Noviembre del año 1830, prosiguiendo con gloria los estudios de Filosofía y Teología hasta 1834, en que, por disposición de sus prelados, se trasladó al célebre convento dominicano de San Pablo de Burgos, donde llegó el 27 de Febrero del año dicho.

En Burgos como en San Sebastián y en Vitoria, dió el precoz estudiante muestras palmarias de sus talentos singulares no menos que de sus heroicas virtudes, hasta que por Enero de 1836 los religiosos Dominicos moradores de San Pablo se vieron en la dura necesidad de abandonar su convento y huir á la desbandada, como huyen las inocentes y tímidas palomas al descubrir cerca de su palomar querido la siniestra sombra del pérfido gavilán

No podía el P. Larroca pensar en volver á recogerse ni en el convento de Santo Domingo, de Vitoria, ni en el de San Telmo, de San Sebastián; ambos habían también sido saqueados y desalojados en nombre de una mentida libertad.

Los Dominicos de San Telmo habíanse refugiado en el convento de Santo Domingo, de Azpeitia, donde tendía sus reales alas el águila de la tradición católica, viéndose por ello libre de la invasión del cruel gavilán que asolaba los místicos palomares. En Azpeitia se recogió el joven Dominico donostiarra de que venimos hablando, ordenándose

allí de sacerdote y ejercitándose con celo al santo ministerio apostólico. Mas en el año 1839, después del discutido abrazo de Vergara, la disfrazada libertad invadió también aquellas hasta entonces benditas tierras, y los Dominicos tuvieron que abandonar sus vestidos blancos, como ropas angélicas, y huir ocultos y disfrazados para escapar de las iras contra ellos desencadenadas. El P. Larroca, acompañando al venerable anciano el P. Maestro Amadeo, partió en dirección á Francia, y al llegar á San Juan de Luz, habiendo enfermado el santo anciano á quien acompañaba, detuviéronse allí los dos humildes religiosos, viniendo á morir el P. Amadeo, y en los brazos del P. Larroca, en casa de las señoras de Elizalde, tías del también finado D. Roque de Hériz, que tanto intimó más tarde con el Rvdo. P. Larroca.

(Concluirá.)

EL PADRE LARROCA

(Continuación).

No lejos de San Juan de Luz, existe otro pintoresco pueblecillo de la diócesis de Bayona, llamado Basusary, pueblo vascofrancés, de patriarcales costumbres y de arraigadas creencias religiosas. En él estuvo el P. Larroca haciendo bien á semejanza del Divino Maestro, y dedicado, en calidad de Vicario ó Regente de la parroquia, á la salvación de las almas de aquella grey que la Providencia le confiara.

Entretanto, las religiosas Dominicas de San Sebastián, fundadas junto á la parroquia rural del Antiguo en 1546, por efecto de las devastaciones é incendios de la primera guerra civil, tuvieron que refugiarse en 1835 en el convento de las Brígidas de Lasarte, pasando, poco después, á ocupar una casa particular en Azpeitia é incorporándose luego á la comunidad de los Franciscanos, con quienes convivieron nueve años.

En estas circunstancias, aquel coro, ya muy reducido, de vírgenes Dominicas, se acordaron de su hermano de hábito, el P. José María Larroca, y «le ofreció, dice la crónica de la Comunidad, la muy Reverenda Madre Priora, tres reales diarios de su vitalicio (pues éramos entonces particulares) y se conformó en venir, aunque estaba sirviendo en una parroquia, y no quiso recibir el diario que le ofreció la Reverenda Madre Priora.»

«Nuestra Comunidad, nos escribe una religiosa Dominica del actual convento de Ategorrieta (1), estaba á la sazón en Azpeitia, y vino el P. Larroca hacia el año 1843. Deseosas de tener un convento propio y no contando con medios, permanecieron las religiosas en Az-

(1) Relación de la Reverenda Madre Sor Ventura de Santo Domingo, que conoció, y trató mucho en Uba al Reverendo Larroca.

peitia, hasta que la Divina Providencia (¡siempre las almas buenas hablando de la Providencia!) les proveyó de limosnas para poder arreglar su convento pequeño, la casa contigua á la ermita de Nuestra Señora de Uba (frente al barrio de Loyola, al otro lado del río Urumea), que era propiedad del señor Marqués de San Millán, quien la cedió á condición de que la Comunidad arreglase por su cuenta la casa y proveyese de otra para el inquilino. El P. Larroca dirigió las obras y la Comunidad pasó de Azpeitia á Uba, el día 23 de Julio del año 1850.»

El místico palomar sólo se componía á la sazón de ocho humildes religiosas: cinco de las llamadas de Coro y tres dichas de Obediencia.

No he de seguir paso á paso las huellas de luz que en aquel santo y solitario paraje dejó impresas el celoso P. Vicario de aquella Comunidad de vírgenes Dominicanas. Sólo os diré, señores, que cuando tengo ocasión, para mí siempre muy grata, de visitar aquellos sitios, de los que hace ya veinticinco años que faltan las religiosas Dominicanas (1) y más de cincuenta su celosísimo padre confesor y capellán, aun me parece que resuena en mis oídos la dulce y acompasada salmodia del angelical coro de las místicas esposas del Cordero inmaculado, y todavía finge mi imaginación descubrir la silueta del P. Larroca, difundiendo, como una extraviada estrella, desde las poéticas soledades de Uba y Urdincho, la luz castísima de sus privilegiadas facultades y los amorosos efluvios de su noble corazón.

Sólo un episodio he de recordar de la heroica virtud del Reverendísimo Larroca, y este es el ejemplo de abnegación y de sacrificio de que hizo alarde mientras la invasión del cólera, en 1854, corriendo desolado y con alma de apóstol infatigable á los lugares de mayor peligro, lo mismo de día que de noche, siempre que lo reclamaba el bien de sus hermanos.

(Concluirá.)

(1) Se trasladaron al actual convento de Ategorrieta, en el año 1886.

EL PADRE LARROCA

(Conclusión).

Por ese mismo año de 1854, tradujo al vascuence, que lo dominaba á maravilla, la novena de San Roque, el Ángel tutelar contra la peste, y con esta ocasión compuso unos gozos populares que vais á permitirme que los lea:

SAN ROKE-REN GOZUAK

(Lenbiziko koplá.)

Gure aita San Roke, pelegriño ona
 Bitarteko maitea Birjiña-amarena
 Defensore aundiya kristau guziena
 Konfiantza osoan gatoz zure gana.

(Bigarren koplá.)

Egiñ zazu alegiñ San Roke gu gatik
 Pekatuban juan gabe mundu onetatik
 Erregutu zayozu Jaunari gu gatik
 ¡Arren! Gorde gaitzala gaitz guzietatik.

También al celebrarse la bendición de las primeras obras de la inauguración del ferrocarril por San Sebastián, el P. Larroca, habiéndosele encargado la redacción de unos versos alusivos al solemne acto, los compuso con facilidad y fueron muy aplaudidos.

¡Bien por el ilustre vascongado que manejaba con soltura su milenaria lengua, lo mismo en fácil poesía que en elegante prosa vertida en varios púlpitos de esta región y de la vasco-francesa!

*
 * *

En Enero de 1860, marchó el P. Larroca al convento que los Dominicos tienen en Ocaña (Toledo), con intención de hacer fervorosamente, en compañía de sus hermanos, los Ejercicios espirituales.

Por entonces el nombre de España, después de múltiples acontecimientos peninsulares que sería largo referir, dibujábase, grabado con letras de oro entre los pliegues de la roja y gualda bandera nacional que se paseaba victoriosa en las manos de Prim y O'Donell, sobre las crestas del Cabo Negro, en la serranía de Bullones y en el valle de los Castillejos.

Reanudadas las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Sede, las Órdenes religiosas volvían á extenderse con relativa tranquilidad por la Península, y eran recibidas con amor por los pueblos.

Á la sazón era Comisario General y Apostólico de los Dominicos de España el Rvmo. P. Fray Antonio Orge, que había tomado el hábito en uno de los antiguos conventos de Galicia. Deseoso este Prelado de restaurar, en lo posible, la ilustre Provincia Dominicana española, y habiendo estado á ver la grandiosa Abadía benedictina de Corias, en Asturias, á la sazón deshabitada de sus propios monjes, expulsados en 1835, fijóse en ella el P. Orge y determinó dar comienzo á su titánica empresa, secundado por seis ilustres Dominicos, entre los que se contaba el P. Larroca, que, con su actividad y celo, contribuyó en gran manera á la restauración de los Dominicos españoles, que oficialmente tuvo lugar el día del Patrocinio de la Santísima Virgen, 11 de Noviembre de 1860.

En la casa matriz de Corias, fué, pues, el P. Larroca, una de las columnas más firmes y consistentes, llegando á ser dos veces Rector de la Comunidad y dechado maestro de perfección religiosa.

En 1868 fué elegido socio del nuevo Comisario general, R. P. Fray Vicente Romero, sucesor del P. Orge; y habiendo tenido que ir á Roma el año siguiente, fué conocido del Maestro supremo de la Orden de Predicadores, Rvmo. P. Fray Vicente Alejandro Jandel, de santa memoria, el cual lo llevó á su lado, como socio por las provincias de lengua española, en Septiembre de 1872, poco después de la feliz unión de toda la Orden bajo una sola cabeza residente en la Ciudad de los Papas.

¿Veis, señores, cómo va subiendo el águila raudal y cómo avanza en su órbita el astro que difunde luz y calor?.....

Sigámosle en su majestuosa marcha, que ya no tardará en colocarse en el punto máximo de su carrera.

El Maestro general de la Orden honró al P. Larroca condecorándole con el título de Provincial de Gracia, y con el grado, á poquísi-

mos concedido, de *Magister in Sacra Theologia* (Maestro en Sagrada Teología).

Muerto poco después el Rvmo. P. Jandel y quedando al frente de la Orden, en calidad de Vicario General, el Rvmo. P. Fray José María Sanvito, continuó éste distinguiendo con singular predilección al ilustre P. Larroca, enviándole como visitador y delegado á diferentes provincias de la Orden, dejando en todas partes gratísima memoria de celo apostólico y de santa entereza, junto con una prudencia consumada y una suavidad imponderable.

En 1879 partió, como Vicario General, á las islas Filipinas; y cuando se ocupaba en poner experta mano sobre los delicados asuntos que se le confiaran, recibió, por el mes de Octubre, la noticia de haber sido destinado, por el sufragio de la Orden de Predicadores, á ser su Jerarca Supremo, su Maestro General, el septuagésimo cuarto sucesor del gloriosísimo Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

*
* * *

Vuelto á la Ciudad Eterna el ya Rvmo. P. Larroca, tomó solemne posesión de su elevado cargo, en el bellissimo templo dominico de Santa María *super Minervam*, el día 1.º de Febrero de 1880. Y entonces sí que el astro rey, en el cénit de su carrera de diamante, difundió, con verdadera pompa y majestad, cataratas de radiante luz que inundaron y embellecieron más y más con sus dorados nimbos el magnífico escudo de la *Verdad-Veritas*, que preside los blasones de la ínclita Orden brotada del cerebro y del corazón de aquel genio español que lleva, como distintivo y como marca del cielo, una fulgorosa estrella en la frente despejada y limpia como un cielo sin nubes en un día de fecunda primavera.

A imitación del glorioso Patriarca de Guzmán, su sucesor el Padre Larroca puso todo el rico tesoro de sus facultades y todos los amores de su gran corazón, en el acrecentamiento y esplendor de su Orden, visitando personalmente sus casas, poniéndose en íntimo contacto con sus miembros, enterándose al detalle de sus necesidades y aplicando el oportuno remedio á los males, si los había, ó infiltrando nuevas impresiones de vida y robustez en las plantas que prendían en el vasto jardín á su solicitud encomendado. En esta solicitud era incansable é inflexible: era un carácter de cuerpo completo, y semejava estar amasado de fino acero, llevando en su interior un corazón

de oro y un alma que parecía prestada de los dulcísimos coros en que los ángeles bendicen y sonrien.

Yo tuve ocasión de verle, siendo niño, en una de sus visitas al Real Seminario de Vergara. Y tanto me impresionó su figura, que pudiera muy bien pintarle si tuviera práctica en el arte difícil de los pinceles. Era pequeño de cuerpo, mas se movía éste con un aire de majestad suprema, firme, seguro y enhiesto; brotaba de sus labios un torrente de hermosa y robusta voz; rebrillábanle los ojos con un fuego de inteligencia y lumbre de penetración; tenía una cabeza venerable coronada por una aureola de canas como madejas de pulida plata; era, en fin, tan grande en medio de su pequeñez material, que, lo recuerdo perfectamente, al atravesar los claustros del Colegio de Vergara, con ser claustros que pasan de cien metros de extensión, parecían completamente llenos, y aun eran cortos, con la grandeza que irradiaba el Rvmo. Larroca; y con estar uno de los claustros, el principal, cuajado de gente y de gente de viso en el día de la llegada del Padre general, allí no se veía más que á él, al P. Larroca, que lo llenaba todo y sobresalía entre todos.

Como estela en su generalato, quedarán en la historia los capítulos que celebró, como el de Lovaina en 1885, los conventos que fundó como el de Jerusalén sobre las ruinas de la basilica del Protomártir San Esteban; las universidades que instauró, como la de Triburgo en Suiza, donde los Dominicos desempeñan un papel tan importante.

Con todas sus fuerzas trabajó por difundir la purísima doctrina del gran Maestro de los que saben, el Ángel de las Escuelas, el incomparable Doctor Dominico, Santo Tomás de Aquino. Fué asimismo, entusiasta apóstol de la Virgen del Rosario, consiguiendo de la Santa Sede el aditamento en la letanía lauretana de la invocación final á la Reina del Santísimo Rosario. Y fué fortuna ó providencia especial que mientras el Rvmo. Larroca desempeñaba tan á maravilla el cargo de Maestro General de la Orden de Predicadores, ocupase el Solio Pontificio el inmortal Papa de Santo Tomás y del Rosario, aquel Leon XIII que, después de colocar al Doctor Angélico en la presidencia oficial de todos los sabios católicos, invitaba á todos los fieles, con insistentes Encíclicas, á buscar el remedio de todos los males del alma rezando el Rosario á los pies de la Virgen sin mancilla, de la Santísima Madre del Redentor del mundo.

Mas no creais que el P. Larroca, desde las alturas de su pedestal,

se olvidaba de los humildes, de su tierra natal, de sus antiguos amigos donostiarras, no: á todos los guardaba en su hermoso corazón, y á ellos venía en ocasiones oportunas, para alegrarse y alegrarlos, para platicar dulcemente con sus paisanos en lengua vascongada, para saludar á sus Dominicas de Uba, trasladadas después á Ategorrieta, donde siguen recordando al P. Larroca, pidiendo por su hermosa alma y continuando por la ruta que las dejó para ir al cielo, dirigidas desde hace ya muchos años, si no por un hermano de hábito del P. Larroca, por un hijo espiritual de gran alma y corazón, cuyo venerado nombre tan gratamente suena en todo San Sebastián y que yo quiero pronunciar aquí con cariñoso respeto: D. Vicente Ventosa.

*
* *

Voy á concluir, señores; que no todo se ha de poder decir en el breve espacio de una conferencia.

La muerte, la fatídica muerte, con sus negras alas, se cierne sobre la mansión generalicia de la Orden Dominicana. Son los primeros días del helado mes de Enero del año 1891. En lecho de dolor se halla postrado el Padre General, aquel carácter de hierro á quien parece que no podría derrocar ningún huracán de la tierra. Pero la muerte nada perdona y por nadie retrocede cuando avanza decidida á dar el golpe fatal. Y avanzó, en efecto, y abatió su vuelo, y penetró con aires de triunfadora en la habitación en que yacía el Rvmo. Larroca, y se acercó á él, y á las dos de la mañana del día 8 de Enero, le hirió en el corazón y le señaló en la frente, y quedó sobre el lecho un cuerpo exánime y subió hacia los cielos un alma grande y muy hermosa; el alma del P. Larroca que, confortada con todos los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia, y socorrida con las innumerables oraciones de sus hijos los Dominicos, hemos de creer, piadosamente juzgando, que brilla desde entonces, en el coro de los bienaventurados miembros de la Orden de Predicadores, como sol en perpetuas eternidades en el reino de las misericordias infinitas.

*
* *

Ya que hasta ahora he abusado de vuestra benevolencia, no con el asunto que bien sé que os agrada por ser el tema sobre nuestro ilustre coterráneo, sino por la pobre y ramplona manera con que yo lo he desenvuelto, permitidme un nuevo y pequeño abuso, y termino.

Está visto que esta región es cuna de genios y de héroes; también es cierto que al P. Larroca lo reputáis como á tal, como á un héroe que honra vuestro pueblo y vuestra raza, Ahora bien, ¿no merece ese héroe donostiarra algo que perpetúe su venerable memoria?.....

El nombre de una calle, aunque es algo, ó, si queréis, mucho, no es bastante: el P. Larroca necesita algo más de vosotros. ¿Qué es ello?..... Una historia y una estatua. ¿No vemos con qué facilidad se escriben hoy largas historias ó, mejor diré, se forjan leyendas de hombres que aparecen como gigantes, no habiendo sido en realidad más que ridículos pigmeos ó vulgares medianías? Y ¿por qué los verdaderos colosos han de pasar desapercibidos y sin gloria en las páginas que escribe la que es Maestra de la vida y depósito fiel de las acciones? ¿No véis cómo se alzan estatuas sobre caprichosos pedestales á soñados héroes que quizás no han realizado otras hazañas que las hazañas maldecidas del crimen, de la traición y de la más refinada alevosía? ¿Por qué, pues, ha de faltar á los héroes de legítima raza y de pura cepa lo que tanto sobra y se despilfarra para los genios de pega y los héroes de talco y similar?.....

Que no se diga esto de nosotros, vascongados, donostiarras, hombres de tan gran sentido práctico y de un corazón tan generoso para cuanto se refiera á las glorias bien cimentadas que fulguran en nuestra raza como estrellas en brillante y deslumbradora constelación!.....

Yo hago un llamamiento a vuestras nobles almas en favor del ilustre Dominico nacido en San Sebastián; yo apelo á vuestra hidalguía y á vuestra piedad en obsequio del inclito P. Larroca; yo acudo humilde y suplicante á los que algo pueden y mandan en vuestro pueblo y en toda nuestra provincia. Y si mi ruego llega á los palacios de vuestras dignas autoridades; si mi súplica interesa las fibras de vuestros corazones, permitidme que os indique, para concluir, la dedicatoria que ha de ostentar la portada del libro y el pedestal de la estatua:

: : DONOSTIA-KO ERRIAK : :
BERE SEME AITA LARROKA-RI

(El pueblo de San Sebastián
á su hijo el Padre Larroca.)

He dicho.

FR. MANUEL M.^a SAINZ, O. P.